

Sartre y Lacan

Una comprensión dialéctica del psiquismo

Mi agradecimiento al distinguido lingüista peruano Félix Quesada Castillo por sus verdaderas lecciones de lingüística que han hecho posible una mejor comprensión de los textos de Jacques Lacan.

Lacan dice que el inconsciente está estructurado como un lenguaje, yo diré más bien que el lenguaje que expresa el inconsciente tiene la estructura de un sueño.

Jean-Paul Sartre

El inconsciente es un concepto forjado sobre el rastro de lo que opera para constituir al sujeto, afirma Jacques Lacan en sus *«Escritos»*, en una de las más certeras formas de expresar el inconsciente.

Jean-Paul Sartre en *El Ser y la Nada* (1943), al elaborar su Psicoanálisis existencial, había llegado a la conclusión de que todo lo psíquico es consciente, rechazando por tanto el postulado del inconsciente al cual reemplazó por su célebre concepto de *mala fe* cuyos mecanismos aparecen, en la primera gran obra de Sartre, como una argumentación incontenible frente a los conceptos freudianos de inconsciente, censura y represión.

Hoy sabemos que esta controversia entre Sartre y Freud fue esencialmente formal y que, por tanto, la oposición entre inconsciente y *mala fe* es más conceptual que real. El propio Sartre así lo ha declarado: «En mis primeros escritos buscaba construir una filosofía racionalista de la conciencia. Podía escribir páginas y páginas sobre procesos aparentemente no racionales del comportamiento individual. *El Ser y la Nada* no es más que un monumento a la racionalidad, lo que finalmente lo hace caer en el irracionalismo, puesto que no puede rendir cuenta de procesos igualmente racionales, pero que son vividos como irracionales» (Sartre 1970).

La superación de esta oposición entre el inconsciente y *la mala fe* se debe a la nueva perspectiva dialéctica que de manera original es utilizada por Sartre con posterioridad a *El Ser y la Nada*, y que, en gran medida, se cristaliza en su segunda gran obra *Crítica de la razón dialéctica*. La discrepancia continuará sin embargo bajo una nueva óptica. Empero, es evidente que esta polémica no podría proseguirse sin tomar en cuenta la gran obra de Lacan, la lectura que éste hace de Freud, y, sobre todo, su interpretación del inconsciente.

Lacan ha aclarado bien que en Freud, al nivel real, hay una represión original anterior a toda moral. Cuando la boca del bebe se constituye en zona erógena a través del seno de la madre, no puede hablarse aún de moral, sino de un simple mecanismo que

une el placer sexual a la boca. A partir de esta represión original y a la instalación paralela del sujeto en un orden simbólico una serie de representaciones culpabilizantes va a constituir el inconsciente. Pero lo simbólico en el hombre está ligado al lenguaje, por lo que es a través de la palabra que hay que buscar el inconsciente. «Es toda la estructura del lenguaje que la experiencia psicoanalítica descubre en el inconsciente» (Lacan 1966: 495), escribía Lacan en sus *Escritos* el año 1966. Posteriormente en 1974 adopta una posición más radical al sostener: «Yo no fundo esta idea del discurso sobre la existencia del inconsciente. Es el inconsciente que no existe sino en discurso» (1974: 26).

Situado pues así el inconsciente al nivel del lenguaje, éste lo condiciona imponiéndole reglas que lo mantienen ausente, mecanismo explicable dada la identidad entre lo simbólico, el lenguaje y la cultura.

Sabemos que para Freud el inconsciente pertenece al mismo orden que lo reprimido, pero dentro de un mecanismo que el sujeto no puede descifrar. Vemos ahora que lo reprimido está articulado como un lenguaje que el sujeto habla, pero que no puede comprender. Es el *discurso del otro*. Pero si el inconsciente es lenguaje, él se muestra en *el gran día de la palabra*.

Ahora bien, si el inconsciente está estructurado como un lenguaje, es necesario recurrir a la ciencia que lo estudia, es decir a la lingüística. En este sentido se conoce la influencia de Jakobson sobre Lacan, así como la utilización que este último hace de las categorías de la lingüística estructural de Saussure.

De Jakobson hay que insistir sobre todo en su teoría de los dos aspectos del lenguaje: hay dos ejes fundamentales de éste, el de la combinación y el de la selección. El de la combinación es un eje horizontal, es el eje de la contigüidad. El de la selección es un eje vertical, el eje de la similitud. Según la combinación asociamos fenómenos entre ellos y pronunciamos palabras, luego palabras estructuradas en frases, así como frases organizadas en discursos. Este proceso, que supone el mecanismo de la asociación, es de naturaleza metonímica.

Por la selección reemplazamos en la frase una palabra por otra similar. Es el eje vertical de la similitud. Esta substitución en la cual también está presente la asociación es de carácter metafórico. Estos dos procesos (metonímico y metafórico) son utilizados por Lacan para aclarar mecanismos inconscientes.¹ Así, analizando *La Ciencia de los*

¹ El *Diccionario de Lingüística*, precisa la figura retórica de la metonimia de acuerdo a su etimología como una simple transferencia de denominación. Sin embargo la palabra se reserva para designar el fenómeno lingüístico por el cual una noción se designa por un término distinto del que le correspondería, estando vinculadas las dos nociones por una relación de causa a efecto (la siembra puede designar el producto de la siembra, es decir, la tierra sembrada y no sólo la acción de sembrar en sí misma), por una relación de materia a objeto o de continente a contenido (beber un vaso), por una relación de la parte por el todo (una vela en el horizonte).

En cuanto a la metáfora textualmente leemos: En gramática tradicional, la metáfora consiste en el empleo de una palabra concreta para expresar una noción abstracta, sin elemento que introduzca formalmente una comparación; por extensión, la metáfora es todo empleo de un término en substitución de otro con el que se asimila tras la supresión de las palabras que introducen la comparación, como por ejemplo: en un principio, arde de amor contenía una metáfora del primer tipo, y esa mujer es una perla una del segundo. Cuando introduce varias asimilaciones sucesivas, la metáfora es prolongada o seguida, como esta mujer tiende las redes de sus encantos para dedicarse a la caza de los ingenuos; por el contrario es contrastada o quebrada cuando relaciona nociones incompatibles, como en El carro del Estado navega sobre un volcán. La metáfora desempeña un gran papel en la creación léxica; muchos sentidos figurados no son sino metáforas desgastadas.

sueños de Freud, muestra que el mecanismo de la condensación está en relación con la metáfora y el mecanismo del desplazamiento en relación con la metonimia, es decir, que la forma retórica de la metonimia tiene la misma estructura que el mecanismo de la condensación; y, la metáfora del discurso se asimila perfectamente al mecanismo de la represión y el conflicto.

De otro lado, el nivel en el cual Lacan sitúa el lenguaje —que no es el de las funciones anatomofisiológicas— se debe también a la influencia de Jakobson. Los estudios de la afasia realizados por éste muestran que hay una estructura autónoma del lenguaje que no tiene nada que ver con la fisiología de los centros corticales, ya que las desintegraciones del lenguaje, están en función de los ejes de la combinación y de la selección. En la teoría de Jakobson (1956) sobre los tipos de afasia, la *metáfora* y la metonimia, tropos de la retórica, constituyen dos polos que son afectados por los trastornos de la semejanza y la contigüidad respectivamente. Según este autor, la afasia oscila entre dos polos: trastorno de la semejanza (alteración de la facultad de selección y sustitución) y la contigüidad (perturbación de la capacidad de combinación y contextura). Este modelo de la estructura bipolar del lenguaje y la fijación del afásico en uno de esos polos, también se manifiesta en los procedimientos metafóricos y metonímicos, los cuales corresponden a la selección y contigüidad, respectivamente. En los afásicos el uso de uno u otro de estos procedimientos se ve restringido o totalmente imposibilitado. Así, según Jakobson, «cuando la capacidad de efectuar selecciones (y por tanto la de usar el proceso metafórico) es seriamente dañada» y se conserva parcialmente la facultad de combinación, entonces la contigüidad tanto en el lenguaje figurado (metonímico) como en el no figurado determina la totalidad de la conducta verbal del individuo. Si contrariamente la afasia afecta la capacidad de combinar entidades lingüísticas simples para formar otras más complejas, el paciente sólo maneja semejanzas y su lenguaje figurado se reduce al metafórico, por la eliminación de la metonimia.

En cuanto a la utilización que hace Lacan de la lingüística estructural de Saussure, la expondremos posteriormente, después de una obligada referencia a la dialéctica.

Proseguir la controversia entre dialéctica y psicoanálisis exige tomar en cuenta la perspectiva dialéctica adoptada por Sartre después de *El Ser y la Nada*. Esta es la parte más complicada ya que resulta difícil expresar y, más aún, sintetizar dentro de la obra de Sartre, la forma como utilizó y desarrolló la dialéctica, desde una perspectiva verdaderamente inédita.

Para el tema que nos hemos propuesto en este trabajo la noción de totalización dialéctica utilizada por Sartre juega un rol esencial como categoría explicativa de la vida anímica y permite comprender y situar mejor las discrepancias con Jacques Lacan, así como establecer el momento desde el cual puede tenerse acceso a su tercera y última gran obra *El idiota de la familia*. Esto nos obliga pues a alejarnos por un momento del tema de este trabajo y dedicar unas páginas a la categoría de totalidad dialéctica, no sin antes citar la denuncia que Sartre hace sobre este tema: «El conocimiento dialéctico del hombre, después de Hegel y Marx, exige una racionalidad nueva. Al no querer construir esa racionalidad dentro de la experiencia, denuncio que hoy no se dice ni se escribe, sobre nosotros y nuestros semejantes, ni en el Este ni en el Oeste, ni siquiera una frase, ni siquiera una palabra, que no sea un grosero error» (Sartre 1960: 66).